

El desafío de Alan García

Abraham F. Lowenthal
Economía

Alan García Pérez juró el 28 de julio como presidente de Perú 16 años después de dejar el mismo cargo en forma deshonrosa, agobiado por la hiperinflación, el crecimiento de la violencia insurgente de Sendero Luminoso, violaciones a los derechos humanos y corrupción. Sus iniciativas para desconocer la deuda extranjera y nacionalizar el sistema bancario fracasaron. Luego de aquel primer gobierno, el hecho de que García haya podido volver a la presidencia con el 53% de los votos refleja amplios temores en el país. Su oponente Ollanta Humala, quien movilizó los resentimientos de los pobres y excluidos del país para ganar en la primera vuelta (con un 31% frente a un 24% de García), es profundamente peligroso. En ese contexto, García parece ser el mal menor.

Durante los últimos cuarenta años, los peruanos se han concentrado en salvadores que han frustrado sus esperanzas. Fernando Belaúnde y su movimiento reformista Acción Popular perdieron la fuerza. Luego, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas dejó a la economía arrastrándose. El mismo García tuvo un índice de aprobación inicial cercano al 90% en 1985, antes de que su gobierno se deteriorara. En 1990 Alberto Fujimori consiguió un amplio apoyo popular, pero desperdició su segundo período en una orgía de corrupción. En 2001 los peruanos eligieron a Alejandro Toledo, otro "outsider", el primer presidente elegido de origen indígena. Pero rápidamente desarrolló la reputación de incompetencia y frivolidad.

De todos modos, la economía local ha crecido cerca de 5% anual en los últimos cinco años y sus cuentas externas e indicadores macroeconómicos internos están en orden. Las inversiones han reforzado sectores como la minería, el azúcar, algodón, textiles y la agricultura no tradicional. Los bancos extranjeros aplican estándares internacionales. La infraestructura se ha fortalecido y el gran proyecto de gas natural de Camisea avanza. Organizaciones de la sociedad civil se han vuelto más diversas e influyentes y hay islas de excelencia institucional, incluyendo al Banco Central y a la agencia recolectora de impuestos. Los procedimientos democráticos han mejorado y no ha habido una reanudación de la violencia insurgente.

Pero Perú aún sufre realidades sombrías. Hay más de 13 millones de peruanos en pobreza y cinco millones en extrema pobreza. Los prejuicios raciales permanecen. La confianza en los partidos políticos e instituciones es extraordinariamente baja. Un millón de peruanos han emigrado en los últimos cinco años.

Político de carrera en el único partido arraigado de Perú, Alan García no es un outsider, y esta vez no ha encendido esperanzas mesiánicas. Sus primeros pasos han sido seguros. Como presidente electo, visitó Brasil, Colombia, Ecuador y Chile. Formó un gabinete calificado, incluyendo un respetado primer ministro y un ministro de Economía y Finanzas tranquilizador.

Prometiendo austeridad, García dio un ejemplo simbólico recortando su salario y los presupuestos de la oficina presidencial, el Congreso y el Ministerio de Relaciones Exteriores. Ha prometido más inversiones en el sur, el altiplano y la selva, donde el apoyo de Humala es fuerte. García necesita rápidamente reducir el formidable apoyo de Humala en el Congreso, en las próximas elecciones municipales y regionales y, especialmente, en las calles y en el campo.

En su discurso inaugural, García prometió solvencia fiscal, pero también ofreció mayores inversiones en electrificación rural, irrigación, agua potable, caminos, escuelas y hospitales, así como más recursos para las mujeres, jóvenes, discapacitados, poblaciones rurales y urbanas, la policía y las fuerzas armadas. Lamentablemente, ha entregado pocas pistas que indiquen cómo se podría financiar todo esto, más allá de la austeridad, esperanza de crédito internacional, y una apelación a las corporaciones mineras para renegociar contratos bajo condiciones nuevas muy ventajosas.

Para tener éxito, García debe aliviar la pobreza, disminuir las inequidades e incorporar a los excluidos sin sucumbir a las medidas demagógicas que arruinaron su primera administración. Debe concentrarse en el fortalecimiento de las instituciones del Estado y en reformar el disfuncional sistema educacional. Los peruanos deben construir juntos solidaridad social, confianza, consenso nacional y fortalecimiento institucional. Sólo entonces Perú podrá alimentar la previsibilidad que permitirá al Estado, las empresas y los individuos escapar del círculo vicioso del cortoplacismo para construir un mejor futuro.